

res ocasiones, saca partido de tales recursos, según puede verse en «¡Me aburro! (Artículo-fantástico-filosófico-burlesco)» (núm. 22), donde el aburrimiento le inspira para escribir el artículo. El título de éste nos recuerda la declaración inicial de Juan Ruiz cuando afirma haber decidido iniciar la publicación de este periódico para distraerse —o sea, matar el aburrimiento— los sábados por la noche, propósito que una vez cumplido le llevará a cerrar la empresa, poniendo fin a dicha publicación.

Todos esos desdoblamientos en personajes diversos remiten por supuesto a la identidad radical del autor, quien hace que su «amigo» Juan Ruiz, en el artículo «De babero» (núm. 33), vaya a felicitarle el día de su santo. En medio de todos estos juegos —ingeniosos, pero todavía con la ingenuidad de la adolescencia— contenidos dentro del vehículo de aprendizaje que fue *Juan Ruiz*, Leopoldo Alas produjo un gracioso cuento completo —aquel titulado *El caramelo* (núms. 40, 41 y 42)— que, con su complejo uso artístico de voces narrativas diversas, es sin duda digno precedente de los muchos relatos que habría de escribir a lo largo de su carrera literaria el mejor cuentista español del siglo XIX.

Carolyn Richmond

Media docena de tratados y un apéndice sobre la felicidad

1. Referencias de principio

La felicidad o noción o anhelo de felicidad no parece ser un tema adventicio, sino que está como espejismo relampagueante o posibilidad realizable al principio y término de todas nuestras acciones. La historia de la idea de progreso y de mejora de la especie humana no se concibe o no tendría mucho sentido sin un incremento constante de la noción de felicidad. Salvo particularidades de índole sadomasoquista o condicionantes involuntarias, puede afirmarse de manera elemental y sin género de dudas que a la gran mayoría de los seres humanos le apetece —o exige, lucha, sueña— ser «feliz», aunque no sepamos aún a ciencia cierta en qué consiste tal estado y ni siquiera si existe o puede existir, e incluso en el supuesto anterior de las psicopatologías sadomasoquistas —introduzcamos el adecuado principio de confusión y relativismo— también se per-

sigue obtener determinadas dosis de felicidad, y esto ya indica con algún sobresalto que la concepción de la felicidad en sus orígenes y medios no es única y que a veces reviste caracteres contrapuestos que la pueden hacer estéril o imposible, salvo que nos atengamos ingenua y simplificada al otro principio de la *normalidad* y al convencionalismo de la mayor concurrencia de pareceres, en cuyo caso ya nos resultarían más familiares los elementos que intervienen en el estado de felicidad (siempre supuesta) o en la procura de felicidad (un estado o situación más corriente).

En términos generales se refieren dichos elementos difusamente a gozar los *placeres de la vida*. Y no hay que ver aquí sólo un deleznable horizonte hedonista. Puesto que en la actualidad cuesta trabajo aceptar la vieja dicotomía entre cuerpo y alma, entre cerebro y mente, pese a las últimas reivindicaciones científicas y espirituales, que impugnan las teorías materialistas de la mente (John C. Eccles: *La psique humana*, Tecnos, 1986), gozar los placeres de la vida implica tanto dar satisfacción a las necesidades físicas como aplacar el hambre espiritual y sacar adelante el compuesto de esperanzas, mitos, señuelos, símbolos y estrategias en que cada uno cifra su sentido de la plenitud y su *triunfar* en la vida (una vida, por cierto y para empezar, condenada de antemano a la muerte), triunfar en sentido totalizador, como programa y cuenta con superávit, o ir más pragmáticamente pasando los días de la mejor manera posible y sin la sensación de que sobre nosotros se abaten la injusticia, la frustración, el aburrimiento o la nostalgia de otras vidas.

La felicidad o aspiración a la felicidad (cautela que indica desconfianza del término) se halla íntimamente ligada a la idea de progreso y a las leyes de la naturaleza y condición humanas. Pero antes de inmiscuirnos en las características y paradojas (severas) de la aspiración a la felicidad conviene hacer lo que a todas luces se presenta como una provechosa vagancia por los tratados de la felicidad y que acaso sea suficiente para dilucidarla (otra actitud sería arrogante), pues contamos con el aporte específico de relevantes autores antiguos y modernos, y decimos *específicos* porque de manera indirecta o colateral el tema felicitarario incide prácticamente en cualquier esfuerzo destinado a disminuir el malestar humano (no sabemos bien qué es la felicidad, pero de nuestras inconveniencias cotidianas poseemos larga experiencia indiscutible, si bien los límites están siempre más allá, es decir, que la posibilidad de infelicidad es incalculable), como el libro último que conozco del doctor Martin Shepard, *Psicoterapia para uno mismo* (Kairós, 1986), que sustituye con éxito la psicoterapia formal y acumula normas de conducta clarividentes dictadas por el sentido común y la experiencia muy capaces de eliminar prejuicios inútiles y sosegar y enriquecer perturbaciones de relación social y sexual, así como enhebra la curiosa serie de los papeles o roles que estamos obligados a desempeñar y sus deficiencias. Shepard cae desde luego en el estereotipo y abusa del cliché, pero la propia catalogación grupal de actitudes sociales permite a las personas aludidas desdramatizarse y corregir anomalías, sobre todo en el ámbito de la función social que nos creemos obligados misionalmente a cubrir. La sinceridad para consigo mismo y para los otros y la lucha contra las fobias son los dos ingredientes básicos en la terapia de Shepard (el oráculo de Delfos habló de oídas, pero la ciencia moderna a través de veinticinco siglos desemboca en lo mismo).

Los tratados a que me refiero, junto con el apéndice, no hablan sólo de la aspiración

a la felicidad que hay indirecta e inevitablemente en cualquier texto, por irradiación (ninguna actividad humana pierde jamás de vista la raya incitativa de la felicidad, ni la del más desquiciado terrorista), sino que la tratan como asunto exclusivo y primordial incorporando tan corrosivo nombre al título, en unos casos con valentía y en otros como reclamo. Los enumero: Séneca: *Sobre la felicidad* (traducción, prólogo y notas de Julián Marías, Alianza Editorial, 1980, aunque como es lógico existen variedad de ediciones, entre ellas y de las más inmediatas la de Tecnos, 1986, a cargo de Carmen Codoñer, que incluye todos los *Diálogos* y cuadros sinópticos complementarios); Emile Chartier, el célebre *Alain: Sobre la felicidad (Propos sur le bonheur*, Alianza Editorial, 1966); Bertrand Russell: *La conquista de la felicidad* (Espasa Calpe, 7.ª edición, 1964, más el artículo *El camino de la felicidad* incluido en *Retratos de memoria y otros ensayos*, nuevamente Alianza, 1976); Gilbert Tordjman: *Conquistar la felicidad* (Granica, 1977); Nicola Abbagnano: *La sabiduría de la vida*, con el añadido del editor *La búsqueda de la felicidad día a día* extraído de un capítulo (Versal, 1986), y Fernando Savater: *El contenido de la felicidad* (El País, 1986). El apéndice es un número extra que publica el diario a la que pertenece la editorial antes citada: *Tiempos, lugares, síntomas y figuras de la felicidad* (El País, 20-12-1986), en fechas navideñas que, por lo visto, es un período en el que la ansiedad del juego felicitarario se nota con mayor fuerza y parece haber un derroche escandaloso de ternura y buenos propósitos, como si dijéramos, la felicidad a toque de trompeta arcangélica, a lo que contribuye mucho en calidad de sinónimos aproximados el desahogo pantagruélico y la poética del relato bíblico. ¡Cuánta incongruencia humanísima!

2. Séneca

Para no perderse demasiado en el vericuetto conviene que perfilemos nuestro objetivo. Se trata de conocer, resumir y trasladar en lo posible el núcleo felicitarario de estos pensadores, con eventuales matizaciones, para, finalmente y si hay ocasión, lo cual se ve difícil dados el volumen y la entidad de los mismos, introducir algún que otro resorte de cosecha propia. Séneca, estoico, no se limita en la exposición de su teoría al estoicismo: «también tengo yo derecho a opinar», y a equivocarse, añadimos, pues sus exigencias para la consecución del «hombre feliz» son casi monstruosas y, a nuestro juicio, de entrada, inoperantes. Todos los hombres, dice, quieren vivir felices, pero van a tientas, no viven racionalmente, mimetizan. Hay que atenerse a la naturaleza de las cosas. «La vida feliz es, por tanto, la que está conforme con su naturaleza.» Dicho a secas, esto es plausible, mas si a continuación entramos en conocimiento de las «condiciones» nuestra esperanza de un rápido entendimiento caen deshechas en el polvo. Hace falta un alma sana, enérgica, ardiente, magnánima, paciente, adaptable a las circunstancias, «cuidadora sin angustia de su cuerpo (...) atenta a las demás cosas que sirven para la vida, sin admirarse de ninguna y usar los dones de la fortuna, sin esclavizarse de ellos», de lo cual nace «una constante tranquilidad y libertad, una vez alejadas las cosas que nos irritan o nos aterran». Naturalmente, pero si podemos alejar las cosas que nos irritan o nos aterran, entonces no hay problema o se reduce de manera irrisoria.

Si estas son las condiciones que precisa el alma para vivir de acuerdo a las leyes de